

DROGAS, JUVENTUD Y SOCIEDAD

Prof. Francisco Alonso-Fernández*

Nos consta que a lo largo de la historia de la humanidad siempre ha habido consumo de drogas, preferentemente con objeto de conquistar nuevas vivencias y estimular el pensamiento o desterrar sufrimientos y dolores. Semejante testimonio historiográfico demuestra que nunca ha habido una humanidad suficientemente feliz para prescindir de las drogas, y que ese ser todavía no consolidado en el mundo —en términos de Nietzsche— que es el hombre, ha buscado recursos artificiales casi sistemáticamente para volverse más ser pensante y menos ser sufriente.

La novedad de los últimos tiempos consiste en que el consumo de drogas se ha extendido más ampliamente y sobre todo que afecta preferentemente a los adolescentes y a los jóvenes, perturbando la marcha habitual del desarrollo de la maduración durante estas edades. Otro rasgo casi específico de nuestra época es que el consumo de drogas se realiza en grupo o "cuadrilla", punto sobre el que después volveré.

Cada consumidor de drogas tiene sus motivaciones psicológicas concretas: la curiosidad, la solidaridad con los drogadictos, la compensación de sentimientos de inferioridad o de inseguridad, etc. El abanico de las motivaciones individuales es muy amplio. Aquí lo que nos preocupa es el gran enigma comunitario: ¿por qué la inclinación por las drogas se manifiesta ahora durante las etapas de la vida más abiertas al bienestar y a la felicidad?

Tenemos que pensar que algo muy nuevo debe estar ocurriendo en las últimas generaciones, que no afecta de igual modo y medida a los mayores. Como en nuestra sociedad se ha producido una crisis que arranca del siglo pasado y se ha vuelto mucho más aguda durante el actual y sus influencias son motivo de una postura diversa entre las distintas generaciones, por razones de sinergismo y de esta separación intergeneracional tenemos que valorar en principio esta crisis como el fondo social de la inclinación de los jóvenes actuales por las drogas.

Hablamos de crisis desde luego en el sentido de Ortega y Gasset para designar un brusco cambio en el modo de vivir. Sin embargo, esta crisis que se está produciendo en la sociedad tiene un carácter parcial y se relaciona sobre todo con los procesos de industrialización y tecnoburocratización. Entiéndase bien que con esto y con lo que a continuación diré, no trato de tomar posturas con relación a las industrias y a las máquinas, que me siguen pareciendo totalmente necesarias para el progreso de la comunidad, sino más bien con su modo particular de incorporarse a la actual sociedad. En cambio, si estoy totalmente en contra del aparato burocrático, entendiéndolo por tal a las

instituciones creadas por el hombre que después se fosilizan y se vuelven contra los intereses humanos.

Lo cierto es que el modelo de sociedad tecnológica que se ha impuesto en la cultura occidental de comienzos de siglo y algo antes, adolece del grave inconveniente de subordinar los intereses humanos y sociales al aparato tecnoburocrático. Podemos afirmar que la sociedad tecnológica es nueva, que la sociedad tecnoburocrática e industrial actual es nueva, pero siempre que localicemos esta novedad exclusivamente en la aplicación masiva de los medios tecnoburocráticos, porque en sus formas y estructuras sociales la sociedad actual sigue siendo arcaica, obsoleta y no progresista.

Vamos a estudiar ahora el impacto producido por el gran desarrollo tecnológico sobre el ambiente, sobre la intersubjetividad (relaciones interpersonales) y sobre la propia mentalidad humana.

Sobre el ambiente ha incidido la tecnología de una manera tan abrumadora que ha sustituido la naturaleza auténtica por una segunda naturaleza, totalmente artificial, que bien podríamos llamar "metacosmos artificial", una jungla de cemento, hormigón y máquinas.

Unas veces la naturaleza permanece incluso tras esta densa jungla y otras veces no está oculta por no existir como tal. Los instrumentos de la civilización se han excedido algunas veces en su afán de estructurar la naturaleza y han destruido amplios recursos naturales. La preocupación por la contaminación ecológica no ha aflorado sino en épocas muy recientes, cuando su comienzo databa ya de muchos años, y su curso se produjo libremente, alentado por la contaminación de la propia mentalidad del ser humano, en el sentido de dejarse mover por resortes e intereses económicos y despreocuparse de los intereses sociales y humanistas.

Con que simplemente muchas industrias en el momento de establecer sus sistemas se hubiesen planteado el problema no sólo de incrementar las ganancias, sino de ofrecer unas condiciones de convivencia adecuadas a los vecinos y a las personas que habrían de compartir los elementos naturales (el río, la fuente, etc.), no se habría producido una contaminación de la naturaleza tan destructiva como la que ahora padecemos.

En el marco de las relaciones interpersonales, ha disminuido la comunicación interhumana auténtica y se ha incrementado el caudal de hostilidad.

Es curioso consignar que el descenso de esta comunicación haya aparecido en unos momentos en los que el poderoso desarrollo de la técnica ha permitido vencer al espacio físico. Se ha achicado el espacio físico y se ha agrandado el espacio psicológico, el espacio que sirve de marco de comunicación a unas personas con otras. Por esto la pérdida de comunicación es ostensible entre vecinos, familiares y amigos.

*Catedrático de Psiquiatría y Psicología Médica de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense, Madrid. Académico de la Real Academia Nacional de Medicina de España.

Los llamados medios de comunicación se atienen a cumplir un papel más bien de medios de información y muchas veces ni esto porque llevados por intereses parciales o egoístas o por el afán de sensacionalismo, presentan la novedad de una manera deformada o hipócrita, con lo que estimulan mucho la agresividad del pueblo. El sensacionalismo y la hipocresía en la presentación de noticias por parte de los *mass media* estimula mucho más la agresividad de la gente que la insistencia en presentar escenas y narraciones de guerra y de lucha. Nos encontramos en un momento cultural muy competitivo que estimula la rivalidad entre las personas y que conduce a ver al otro como un competidor y un enemigo en potencia, ocultando las cualidades del prójimo colaborador y amigo potencial. Evidentemente, se ha incrementado la agresividad manifiesta, que todavía se acentúa más en ciertos momentos de la vida, por ejemplo, cuando se conduce un vehículo motorizado.

Los cambios más importantes operados en la personalidad se refieren a un proceso de racionalización progresivo que se ha traducido también en una autorrepresión más enérgica que antes. Como consecuencia de ello se han perdido la sinceridad y la espontaneidad en las manifestaciones exteriores. Al mismo tiempo los fenómenos histéricos se han vuelto mucho más raros. En mi obra "Fundamentos de la Psiquiatría Actual", tomo II, capítulo "El hombre neurótico de hoy" he analizado el origen del ocaso de la gran histeria en la cultura occidental, llegando a la conclusión de que se debe a la racionalización incompatible con el pensamiento mágico, puesto que en el fondo el fenómeno histérico representa un modo mágico de comunicación con el exterior. Lo que debe de quedar claro es que la disminución de los fenómenos histéricos no indica una disminución de las depresiones y de las neurosis, que son tipos clínicos últimamente muy en alza pero que han tomado formas distintas de la histeria, cuadros clínicos más interiores o íntimos.

Otro cambio en la mentalidad es su subordinación actual a los intereses económicos y técnicos y su alejamiento de los intereses altruistas.

En este contexto psicosocial el hombre mayor, más fácilmente que el joven, se deja esclavizar por la tecnología y sigue fielmente todos los cambios dictados por la especie de tecnoburocracia vigente. Como señala Slater, la sociedad occidental ha dado rienda suelta al cambio tecnológico y se opone al cambio social. Esto es al menos la tendencia de casi todos los mayores: mantener a toda costa las formas sociales tradicionales, algunas de ellas convertidas en auténticos fósiles por el proceso del tiempo y otras privadas de sentido o desarticuladas por las incrustaciones tecnoburocráticas que surgen por doquier. Frente a estos hechos muchos jóvenes y una pequeña minoría de adultos han tomado como lema de su vida la idea de que no tenemos una sociedad de cambio y progreso, sino un pueblo arrastrado pasivamente a los cambios por la tecnología. En este enfrentamiento se radicalizan las posturas y la sociedad se vuelve adultocéntrica. Así tenemos que los mayores en general, cada vez de más edad media en virtud de la natural prolongación de la vida conquistada por la medicina, se aferran a una "libertad" que permite hacer únicamente lo ordenado por las estructuras burocrático-políticas y a la vez otorgan prioridad sobre los asuntos humanos al rígido mantenimiento de las formas y apariencias sociales, que no permiten "montar una escena" o desocultar los sentimientos en situaciones de grave riesgo. Por ello los mecanismos histéricos en cuanto a modo de expresarse, de razonar o de informar, como decía antes, han perdido actualidad.

La generación joven se libera de ataduras, desprendiéndose de la normativa social vigente y trata de entregarse al ejercicio de los intereses humanos. Encuentra grandes dificultades ambientales para ello. Muchas veces se le anima (?) con el consejo de que canalice la protesta por los cauces adecuados, lo que es interpretado por ella como una descarada hipocresía de los mayores ya que tales cauces están ahí precisamente para impedir el auténtico cambio social.

En estas circunstancias el nexo de identificación del joven con un adulto del propio sexo, que es un proceso muy importante para conquistar la identidad propia, se produce muy difícilmente. Como consecuencia de ello el curso de la maduración de la personalidad se ha vuelto mucho más irregular y prolongado. Hoy se adquiere maduración afectiva y emocional a una edad más tardía que antes (lo contrario sucede con la maduración intelectual). El temor a la autoridad de los adultos ha dejado vía libre a la hostilidad contra ellos. En términos psicoanalíticos diríamos que el complejo de castración se ha transformado en un impulso castrador. Entre las posturas del joven y del mayor se produce una serie de diferencias importantes que pueden esquematizarse en el emblema siguiente: la auténtica hegemonía de los sentimientos de amor, amistad y solidaridad sobre las rígidas ceremonias sociales es el distintivo propio de la postura juvenil moderna —extendida también a algunas personas mayores— frente a la problemática de la sociedad occidental contemporánea.

Los jóvenes viven el mundo de los mayores como un mundo absurdo, insensato, de escasa libertad, hipócrita y rígido. Tratan de cambiar la ordenación social considerada inalterable por sus padres y abuelos. Sueñan con la "sociedad sin padres". Recurren a múltiples formas de contestación*, diseminadas especialmente entre el activismo renovador y la evasión hacia la irre realidad. A menudo se producen formas mixtas de contestación, muchas de ellas salpicadas del consumo de drogas.

El activismo renovador ha conseguido moderar la tendencia de la sociedad dirigida unilateralmente por generaciones anteriores, según hemos visto.

Aunque la renovación suele montarse sobre elementos muy realistas, algunas veces toma rumbos aberrantes. Incluso pueden acompañarse de los elementos de la negritud simbolizados en el jazz, que representan el grito de protesta y esperanza de un pueblo esclavo que trabajaba en los algodones de Norteamérica.

Estas posturas de contestación son más frecuentes entre los universitarios porque disponen de una formación con mayor grado de sensibilidad para captar los fenómenos sociales y por disponer además de más tiempo y recursos para ocuparse de estos temas. El "Mayo" francés fue un proceso estrictamente universitario.

Cuando la contestación juvenil renovadora toma una forma más gradual es cuando suele obtener triunfos indudables imprimiendo su humanismo en la sociedad. Se trata de logros parciales que no satisfacen suficientemente el anhelo de luz y trascendencia propia de los adolescentes y los jóvenes. Por ello las sendas de evasión a la irre realidad son transitadas con mucha frecuencia, a menudo, montadas sobre el consumo de drogas.

* Término en boga en su connotación francesa, a partir del movimiento estudiantil francés de 1968: "Rehusar reconocer un derecho. . . Poner en discusión la justicia o la verdad de una cosa. . . Conflicto, oposición. . . Rechazo global y sistemático de las estructuras en las que se vive" (Larousse). En tanto que su uso tradicional en castellano era el de: "Declarar y atestiguar en conformidad completa [con lo que otro u otros atestiguan]. . . Convenir o conformarse" (Diccionario General Ilustrado de la Lengua Española, Bibliografía, Barcelona, 1978) (N. del E.)

La juvenil evasión a la irrealidad mediante drogas ha prosperado especialmente con un estilo comunitario en el seno de la subcultura *hippy*. Esta subcultura nace en Oriente (templos del Himalaya, Nepal, etc.) y se extiende muy pronto a ambas costas de EU. Representa la primera impronta cultural orientalista en Occidente.

Su ideología se centraba en el culto de la poesía, el amor, la amistad, la libertad. Los *hippies* decían que cada uno es presidente de sí mismo.

El gran historiador Toynbee llega a pensar que en el movimiento *hippy* podría albergarse el germen de los futuros EU. Lo cierto es que este movimiento se ha desvanecido hace algunos años y sólo ha dejado una tendencia de las conductas que son precisamente las que más irritan a los mayores: melenas largas, abandono de los hábitos de limpieza, vestuario amplio y miserable, consumo de drogas, amor libre.

Esta especie de ética *hippy* se propaga con toda facilidad en ciertos sectores juveniles. Especialmente el consumo de drogas se extiende entre los jóvenes mediante mecanismos de mimetismo, sugestión, imitación, solidaridad, hasta el punto de constituir hoy una moda en ciertas edades de la vida.

La moda juvenil actual del consumo de drogas, siempre condicionado por factores individuales, es promovida sobre todo por dos anhelos: de una parte el anhelo de *psicodelismo*, es decir, de ampliar la personalidad y obtener nuevas vivencias, y, de otra, el anhelo de *nirvanismo*, que ya en tiempos de Buda constituía un camino psicológico para liberarse de los condicionamientos de la naturaleza y elevarse en distintos estilos sobre ella, algunas veces sumiéndose en un estado de vacío psicoespiritual.

Es conveniente precisar que el antecedente historiográfico del movimiento *hippy* ha sido encarnado por las antiguas brujas. Hoy se sabe que la comunidad de las brujas asumió una ideología opuesta al cristianismo cuyo contenido no guarda gran semejanza con los contenidos ideológicos de los *hippies* antes mencionados.

Donde estriba la similitud es en que en ambas comunidades la droga desempeña un papel básico para el desarrollo de ceremonias y ritos de evasión en grupo. Las brujas se administraban las drogas casi siempre mediante ungüentos y pomadas aplicados en la piel y ciertas mucosas. Obtenían con ello la producción de fantasías de vuelo y eróticas porque la situación en que se producía la administración de la droga era propicia para la elaboración de fantasías de tales tipos. Generalmente se aplicaban las drogas montadas efectivamente sobre una escoba y movidas por la pretensión de liberarse de frenos e inhibiciones y entregarse a la unión con los demonios, que según las creencias de aquella época se encargaban de la labor de tentar a cada persona, por otra parte tutelada por un ángel particular.

La entrega juvenil a las drogas suele producirse en grupo o "cuadrilla". La psicología de grupo es completamente distinta de la psicología del individuo considerado aisladamente. En el grupo se introduce un elemento psicológico nuevo, distinto a las cualidades psicológicas de los miembros que lo integran. Lo llamamos espíritu de grupo o mentalidad de grupo. Pero quien más influye en el grupo es la persona que asume el papel de líder o jefe.

La distribución de papeles psicológicos en el grupo se produce muy precozmente y asigna a los diversos miembros funciones diversas: las de animador, bufón, adulador, opositor, "cenicienta", chivo expiatorio y otras. Pero el papel más importante es el del líder. La elección del líder está condicionada por distintos factores. En unos grupos se elige como tal a la persona más simpática o de

mayor actividad intelectual, pero en otros, al miembro del grupo de personalidad más anómala o psicopatológica. En los grupos de drogadictos resulta frecuente elegir como líder al que se encuentra en las circunstancias más propicias para obtener droga, por poseer dinero o vehículo motorizado.

Resulta muy difícil para un joven mantenerse en contacto con un grupo de drogadictos sin consumir drogas, y con toda probabilidad se volverá drogadicto.

Por esto el modelo médico de la drogodependencia mantiene que constituye no sólo una afección de cierta gravedad y progresiva sino contagiosa mediante mecanismos de contacto psicológico de convivencia.

La evasión a la irrealidad mediante drogas implica por lo menos la debilitación o la renuncia a participar en el mantenimiento de la realidad actualmente vigente y también la contestación a apoyar esa realidad. Desde este punto de vista, y además también por sus bases psicosociales, la drogodependencia constituye una auténtica enfermedad comunitaria. Algunas de sus características varían de año en año. Ahí tenemos la subcultura *hippy*, de tan noble ideología oriental, que, víctima de las drogas, se ha desvanecido poco menos que como un movimiento inútil.

Lo que subsiste inalterable a lo largo de los últimos años es la alternativa social de fondo, entre el mundo aceptado por los mayores —cada vez con más excepciones— y las pretensiones de cambio de los jóvenes —mantenidas hasta que muchos de ellos se integran en el medio sociocultural.

La cuestión estriba en cómo han de producirse estos cambios culturales. Indudablemente las perturbaciones socioculturales demasiado bruscas producen muchos traumas psicológicos a los pueblos y su resultado es extraordinariamente problemático, habiendo llegado algunas veces a situaciones donde el defecto que se trataba de combatir se encontraba más acentuado que en el punto de partida. Las crisis psicosociales agudas engendran grandes problemas.

Una de las ideas más positivas para alentar y orientar la producción de cambios socioculturales sin traumas, es la de catalogar el momento actual de la civilización occidental, de acuerdo con la psicóloga italiana María Pia Rosati, como "un estado de transición y falta de madurez". La separación dinámica de algo inmaduro y transitorio es siempre factible, sin necesidad de recurrir a las penas demasiado escarpadas siempre traumáticas y de consecuencias imprevisibles.

Pero el desafío para la construcción de unos nuevos arbotantes socioculturales se dirige a la vez a miembros de distintas generaciones. Sólo una labor de coordinación intergeneracional puede asumir esta tarea debidamente y darle la feliz réplica que sirva de brújula al futuro rumbo de las democracias parlamentarias europeas y americanas. Cualquier programa preventivo contra el uso indebido de drogas que se precie no puede prescindir hoy de luchar a larga distancia por las orientaciones renovadoras mencionadas, que es una tarea que en definitiva depende del propio colectivo sociocomunitario. Con estas orientaciones se complementan una serie de medidas concretas de posibles aplicaciones inmediatas, cuya puesta en vigor incumbe principalmente a la responsabilidad de los gobernantes y los políticos. Su sistemática varía mucho de unos países a otros.

En España las medidas de necesidad más urgentes se aglutinan en torno a los puntos siguientes:

10. El mantenimiento de una adecuada política de control sobre el tráfico de drogas, así como sobre la propa-

ganda y la disponibilidad de las drogas legalizadas, especialmente el alcohol.

20. La puesta en práctica con todo rigor de la despenalización del consumo de drogas, puesto que el consumidor ejerce un derecho individual que no pone en riesgo a la comunidad, y cuando se trata de un drogadicto lo hace movido por una necesidad verdaderamente mórbida.

30. Realizar una información educativa en materia de drogas, a partir de los centros de Educación General Básica o nivel similar, mediante la constitución de una nueva materia —además de otras dos: pedagogía sexual y convivencia familiar— o mediante su inclusión en otras disciplinas ya existentes, en especial psicología y ciencias biológicas y sociales.

40. La formación de grupos de periodistas especializados o diplomados en materia de drogas, con la finalidad de que la presentación de estas noticias pierda el aire sensacionalista, estimulante del consumo que muchas veces tienen, y tome un carácter formativo sin apartarse de lo que es una información realista y sincera.

50. La facilitación de prestaciones sanitarias por parte de los centros de la seguridad social a todos los drogadictos.

60. La activación por todos los medios de la precocidad en el diagnóstico y tratamiento de los drogadictos, ya que con ello no sólo se beneficia al individuo sino a los sectores de la sociedad expuestos a este contagio psicosocial.

70. La constitución de un comité nacional de expertos que pueda funcionar con suficiente calidad, con las mínimas trabas burocráticas posibles.

80. La mentalización de toda la sociedad de que todos los cambios que implican humanismo, nivelación social, integración de los marginados, lucha contra el paro profesional, etc., son medidas que repercuten muy beneficiosamente sobre el consumo indebido de drogas. Pero no puede pensarse por el momento en la legalización de nuevas sustancias. Da igual que sean más o menos blandas que el alcohol. Unas se potencian con otras. Además, el conocimiento sobre los efectos a larga distancia de algunas de ellas, es todavía demasiado escaso. (¡No confundir despenalización con legalización!).

El objetivo realista debe ser el de reducir el consumo de drogas. Con esto debemos satisfacernos. La pretensión de erradicar las drogas de una sociedad es una pretensión utópica o hipócrita, en cualquier caso por fuera de las posibilidades actuales.

El argumento mantenido muchas veces de que se desconoce lo que hay que hacer para detener la marcha progresiva de las drogodependencias, es un razonamiento falso que sirve de aparente justificación para no hacer nada. Como acabamos de ver aquí, se conocen con bastante precisión las claves preventivas básicas.

Lo que ocurre realmente es que ante la mayor parte de los países actuales se dibuja un abrumador panorama de trabajo para luchar contra las drogas, que por su complejidad e interdisciplinariedad exige la iniciativa y la coordinación de los gobernantes y los políticos, respaldados por la participación activa de amplios sectores de la comunidad.

La defensa social contra las drogas constituye una labor en la que todos debemos de participar y de la que todos somos responsables.